

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

El exhibicionismo: una clínica del objeto mirada.

Otero, Tomas.

Cita:

Otero, Tomas (2020). *El exhibicionismo: una clínica del objeto mirada. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/536>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/dxq>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL EXHIBICIONISMO: UNA CLÍNICA DEL OBJETO MIRADA

Otero, Tomas

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En el presente trabajo nos proponemos indagar a partir de la enseñanza de Jacques Lacan las coordenadas subjetivas del exhibicionismo como tipo clínico que responde a la estructura perversa. Abordaremos desde una lectura que atraviesa los Seminarios 4 (1956-57), 6 (1958-59) y 16 (1968-69) de Lacan las principales condiciones de su acto: el darse a ver, el montaje de una trampa para deseos y la restitución del objeto mirada al campo del Otro, respectivamente. Para luego articular algunas referencias de la *Psycopathia sexualis* (1886) de Krafft-Ebing que preservan absoluta vigencia y actualidad sobre el tema, a la luz de las elaboraciones lacanianas con el fin de iluminar, a través de una observación clínica, la operación sobre la pulsión escópica en aras de darle consistencia al goce del Otro que define a este tipo clínico. Por último nos disponemos a explorar ciertos efectos de desubjetivación en la esfera de lo social que tienen los dispositivos del capitalismo cuando se ponen al servicio de las condiciones del acto exhibicionista.

Palabras clave

Exhibicionismo perversion - Dispositivo mirada

ABSTRACT

EXHIBITIONISM: A CLINIC OF THE OBJECT GAZE

In the present work we intend to investigate, based on Jacques Lacan's teaching, the subjective coordinates of exhibitionism as a clinical type that responds to the perverse structure. Beginning with a reading across Seminars 4 (1956-57), 6 (1958-59) and 16 (1968-69) of Lacan we will approach the main conditions of his act: making himself seen, setting up a trap for wishes and the restitution of the object gaze at the field of the Other, respectively. Then we will articulate some references from Krafft-Ebing's *Psycopathia sexualis* (1886) that preserve absolute validity and currency, in light of lacanian elaborations with the purpose of illuminate, through clinical observation, the operation about the scopic drive in order to give consistency to the jouissance of the Other that defines this clinical type. Finally we propose to explore certain de-subjective effects in the social sphere that the devices of capitalism have when they are put into service of the exhibitionist act conditions.

Keywords

Exhibitionism perversion - Device gaze

En 1877 Laségue describió con el nombre de exhibicionismo a las personas que mostraban sus genitales, sin proceder a otras manipulaciones indecentes, y en particular, sin intentar el coito sexual.

Sabemos que Freud en "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915) en el marco de la argumentación respecto al trastorno hacia lo contrario como destino de la pulsión, se sirve del par voyeurismo-exhibicionismo para explicar cómo el trastorno que atañe a la meta de la pulsión, el placer de órgano, se da a través de una vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad, es decir la meta activa, el placer de ver, es reemplazada por la meta pasiva, el placer de ser mirado. Aunque, el exhibicionismo parece ser ejemplar para Freud también de otro destino de la pulsión que es la vuelta hacia la propia persona, al igual que el masoquista goza de la furia que fustiga a su persona el exhibicionista goza de su desnudez. Lo esencial, dice Freud, en este proceso respecto a la vuelta hacia la persona propia como destino de la pulsión, es el cambio de vía del objeto. No obstante, no se le escapa a Freud que en estos últimos ejemplos convergen la vuelta de la pulsión hacia la propia persona con la vuelta de la actividad a la pasividad, lo que le abre paso para formular que en la dialéctica entre el verbo en voz activa y el verbo en voz pasiva debemos considerar la incidencia de una voz media reflexiva (Freud, 1915: 123). Lo que permite construir una dialéctica en tres tiempos[1] que esclarece el exhibicionismo: en el primer tiempo el placer de ver activo es dirigido hacia un objeto ajeno. En el segundo tiempo "la resignación del objeto, la vuelta de la pulsión de ver hacia una parte del propio cuerpo, y por tanto el trastorno en pasividad y el establecimiento de una meta nueva: ser mirado" (Freud, 1915: 124-125). En el tercer tiempo, en el que opera la voz media reflexiva y se constituye el exhibicionismo como tal, se destaca por "la inserción de un nuevo sujeto, al que uno se muestra a fin de ser mirado por él" (Freud, 1915: 125).

El darse a ver

En el *Seminario 4* Lacan aporta valiosas observaciones para pensar el acto exhibicionista, en primer lugar, vuelve sobre lo desarrollado por Freud en 1915 y sitúa la importancia que tiene la presencia del reflexivo, esa forma de verbo que se llama voz media, en la dialéctica entre ver y ser visto, que introduce otro orden de implicación del sujeto que es el darse a ver, y donde "lo que el sujeto da a ver al mostrarse es algo distinto a lo que se muestra" (Lacan, 1956-57: 169), pues la puesta en escena es esencial al acto exhibicionista, dando a ver algo diferente a

lo que se muestra. En segundo lugar ubica como condición del acto exhibicionista el factor sorpresa en el *partenaire*, el punto en el que es sorprendido *in media res*, lo que produce la función del corte o la discontinuidad en la escena del espectador. Ahora bien ¿qué es lo que se da a ver? El acto exhibicionista apunta a levantar el velo, a introducir como el abrir y cerrar relámpago del cierre del pantalón o del sobretodo, una grieta, una hendidura en el velo del espectador, que lo deja de rostro a que detrás de ese velo no es que no haya nada sino que precisamente, en los términos de este seminario, *hay nada*. Y también, subrayamos el afecto típico que responde a la escena exhibicionista, es decir la vergüenza del *partenaire* en el punto en que subjetiva su propia falta (Cf. Lacan, 1956-57: 272)

Estas observaciones que Lacan introduce en el *Seminario 4* me parecen de suma importancia porque plantean de un modo totalmente original -mucho antes de las elaboraciones del objeto *a* real y su reformulación como plus de gozar- aspectos que son centrales en el acto exhibicionista, la voz media que indica la implicación subjetiva del sujeto que da a ver; el punto en el que el espectador es capturado por algo que va más allá de su fascinación visual; el factor sorpresa en el espectador que señala esa temporalidad del instante cuando surge lo inesperado, lo que podemos inscribir sin temor a equivocarnos en el terreno de lo *Unheimliche*, como el reverso del velo o si se quiere el ensamblaje de las piezas del fantasma; y por último la vergüenza como un signo vital del ser hablante, que podemos sostener, como lo demuestra implacablemente el apólogo de Sartre sobre el voyeurista en el *Ser y la nada* que no engaña respecto de la presencia de la mirada (Cf. Sartre, 1943: 360).

La trampa para deseos

Uno de los comentarios más lúcidos del fantasma exhibicionista se encuentra en el *Seminario 6*, en el que Lacan ubica la función de la hendidura subjetiva en el fantasma exhibicionista, lo que también va a regir para el voyeurista. El exhibicionismo no se agota en la dialéctica del mostrar, el mostrar está unido al Otro y es necesario que ese Otro sea en su deseo cómplice de la ruptura que sucede frente a él. El exhibicionista, para Lacan, en un término formidable, monta una “trampa para deseos” (Lacan, 1958-59: 464) que es percibida por el Otro que es su destinatario mientras pasa desapercibida para el resto en su mayoría, por lo cual la escena exhibicionista tiende a realizarse en un lugar público. “Un elemento esencial de la situación es entonces el deseo del Otro, en la medida en que es sorprendido, en que está involucrado más allá del pudor, en que llegado el caso es cómplice” (Lacan, 1958-59: 465) sostiene Lacan. Se destaca la complicidad del espectador más allá de la jurisdicción de su conciencia ante aquello que da a ver el acto exhibicionista, la incitación a un voyeurismo cómplice del espectador en el que queda cautivo.

Lo esencial del aparato de deseo que monta el exhibicionista no es la erección, sino la hiancia, la abertura como tal, en el velo

de su *partenaire*.

En el *Seminario 6* la solución del fantasma perverso todavía se ordena en función del deseo del Otro (y no de su goce); Lacan sostiene que el exhibicionista apunta a atrapar el deseo del Otro, busca un efecto en el Otro, sorprenderlo, capturar su deseo, este es en verdad el objeto del deseo exhibicionista y para el cual la función de la hendidura que se abre y se cierra es capital porque en esa hendidura relámpago es donde el deseo del Otro queda cautivo.

El tomar por sorpresa es una de las condiciones de su acto a través de un aparato, un montaje, un artificio en el que se muestra un objeto inhabitual por el filo de una hendidura que atrapa el deseo del Otro, ese objeto que se expone no es el objeto del deseo del exhibicionista, su objeto es el efecto de incomodar al Otro, de conmoverlo, trastocarlo, provocar su complicidad hasta tocar su extimidad escópica.

La restitución exhibicionista

La clínica de la perversión es una clínica donde el objeto voz y el objeto mirada se presentan de forma privilegiada; la tesis de Lacan de los años sesenta que concibe al perverso como un instrumento del goce del Otro (Cf. Lacan 1962-63) es prolongada en el *Seminario 16* por una segunda tesis que, de forma absolutamente solidaria a la primera, permite distinguir con mayor precisión conceptual los distintos tipos clínicos dentro de la perversión (el sadismo, el masoquismo, el voyeurismo y el exhibicionismo) como diversas estrategias fantasmáticas para darle consistencia al goce del Otro. Esta segunda tesis que Lacan formula en su *Seminario 16*, la define así: “llamo perversión a la restauración, de algún modo primera, a la restitución del objeto *a* al campo del Otro” -y aún más- “la perversión es la estructura del sujeto para quien la referencia a la castración, a saber, que la mujer se distinga por no tener el falo, está tapada, enmascarada, colmada por la misteriosa operación del objeto *a*” (Lacan, 1968-69: 266-67).

En el *Seminario 16*, ya completamente formalizado el objeto *a* real como causa del deseo y en plena formalización del objeto como plus de gozar, Lacan va a decir que en la perversión el plus de gozar se descubre bajo una forma desnuda (Lacan, 1968-69: 22), es decir menos velada -que en la neurosis por ejemplo-; y plantea que en la perversión se pone en juego una estrategia de remisión del objeto *a* al Otro, en donde el estatuto de esos objetos del cuerpo se definen por estar respecto del principio de placer del *partenaire* del perverso, fuera del cuerpo, donde el goce que allí se refugia no cae bajo el golpe del principio de placer. Aunque esa operación misteriosa sobre el objeto *a* de la que habla Lacan en su *Seminario 16* no es tanto que la perversión exhibicionista manipule el objeto, sino más bien los velos de su *partenaire* hasta ponerlo de cara a su goce ignorado. En el exhibicionismo se trata de hacer aparecer la mirada en el campo del Otro, como objeto real que agujerea la pantalla del campo visual de su *partenaire*. La grieta que separa la mirada

del cuerpo es la misma que separa a lo real de la realidad. El exhibicionista, apelando al recurso del montaje de la escena, apunta a arrojar al espectador fuera de la escena. La mirada en este punto cuando se presenta no tiene párpados. El ensamblaje del campo visual constituye un artificio a través del cual el sujeto no ve que es mirado, en esos momentos de encuentro con un real fuera de todo programa y pre-visibilidad, dejamos de ver para ser mirados por una mirada éxtima, *unheimlich*, como lo ilustra Lacan en su lectura de *Der Sandmann* (1817) de ETA Hoffmann a partir de la mirada separada del cuerpo de Nataniel (Cf. Lacan 1962-63). Más que nadie el exhibicionista, aun permaneciendo inconsciente del modo en que esto funciona, está preocupado en arrancarle al Otro, no los ojos, sino su mirada.

Y cuando digo *unheimlich* no me refiero solamente a un goce que nos habita en la más ajena intimidad o en la más familiar extrañeza, sino que refiero fundamentalmente al punto de complicidad del espectador ante un goce que se repite aunque su acontecer sea siempre como la primera vez.

El acto exhibicionista implica siempre un cálculo del sujeto del goce. Podemos pensar que en el esquema óptico tantas veces presentado por Lacan también hay un cálculo del sujeto, es decir, el sujeto está ubicado por encima del espejo cóncavo para que el señuelo funcione, de modo que el espejo plano- lugar del (A)- le devuelva su imagen como cuerpo unificado. Ahora bien, el cálculo del sujeto en el acto exhibicionista sería el reverso de la ficción creada por los espejos en el esquema óptico. Se trata de un cálculo del sujeto en función de que el espectador experimente una parte de su cuerpo gozante que de otro modo permanecería velada: la mirada.

El acto exhibicionista, de este modo, se consagra a franquear la pantalla del principio de placer del *partenaire* hasta alcanzar el goce del Otro. Podemos reformular los términos que Lacan había usado en su *Seminario 6* diciendo que el exhibicionismo monta una trampa para atrapar al goce (escópico) del Otro. “El exhibicionista vela por el goce del Otro” sostiene Lacan, y agrega “en este campo del Otro, en la medida en que se encuentra desierto de goce, el acto exhibicionista se plantea para hacer surgir allí la mirada” (Lacan, 1968-69: 231).

El exhibicionismo le enseña a Lacan cómo a partir de la puesta en escena de un objeto que, por más sólido que sea, no deja de ser una imagen con la cual se puede producir un goce en el espectador queda lo deja cautivo. Se trata de imágenes más allá del principio de placer (Didi-Huberman, 1992: 52). En este sentido, toda imagen encubre una mirada, que el acto exhibicionista se consagra a develar.

Podemos concluir que lo se da a ver diferente a lo que se muestra en la escena exhibicionista, retomando la pregunta que había formulado al principio, es lo imposible de ser visto: el carácter siempre parcial y fragmentario del objeto mirada que se presenta, pues la mirada es un pedazo del cuerpo del Otro que se define por estar en relación a ese cuerpo, precisamente, fuera de él.

La *Psycopathia sexualis* revisitada

Es interesante notar como la pluma de Krafft-Ebing y Moll en su monumental obra *la Psycopathia sexualis* describen coordenadas del acto exhibicionista que poseen suma vigencia y actualidad: “El exhibicionista regresa frecuentemente al mismo lugar para repetir su acto, con la experiencia de haber podido satisfacer su instinto de la manera deseada. La cercanía de las escuelas, los caminos transitados por los escolares al regresar a su hogar, los parques públicos e iglesias, con frecuencia son objeto de su elección. Algunos practican la exhibición desde una ventana, otros van a casa de terceros, etc. (...) Es notable que los niños sean frecuentemente el objeto del exhibicionismo, sobre todo las jovencitas impúberes, y a veces también los muchachos. Parece que la atracción por la inocencia infantil desempeña un papel” (Krafft-Ebing, 1955[1886]: 388-89). Y unas páginas después agrega: “Hasta ahora no se ha dilucidado totalmente la cuestión de saber por qué los niños, y en especial las niñas sean elegidas por los exhibicionistas como espectadores” (Krafft-Ebing, 1955[1886]: 391).

La repetición de la escena, la frecuencia de la ventana frente a la cual ocurre el acto, que como nos enseña Lacan hay que tomar como el marco del fantasma donde se produce esa hendidura que atrapa el deseo del espectador, y la dimensión del Otro que representan los lugares públicos que se describen se destacan en el acto exhibicionista, pero además advierten que hay una relación íntima entre la inocencia infantil y el acto exhibicionista que a pesar de no lograr explicar, no dejan de subrayar. Con Lacan podemos discernir que la inocencia infantil o las jovencitas impúberes son figuras privilegiadas para encarnar a ese Otro vaciado del goce sexual que el acto exhibicionista se afana en restituir.

Luego de estudiar la gran fauna de observaciones expuestas en *la Psycopathia sexualis* para constatar si allí encontraba las coordenadas de una verdadera perversión desde la perspectiva lacaniana, solo la he encontrado en algunos casos que atañen al tipo clínico exhibicionista. Por ejemplo cuando se describe que “el deseo de excitar al placer de los espectadores, hecho decisivo para el exhibicionista. En otros casos esto no es esencial. Nos encontramos con una acción que recuerda al sadismo. *El exhibicionista quiere herir el pudor de la mujer, y esto es lo que le produce satisfacción*” (Krafft-Ebing, 1955[1886]: 390. El subrayado es mío). Con Lacan podríamos rectificar que lo decisivo del verdadero acto exhibicionista no es la satisfacción de su espectador sino fundamentalmente herir su pudor, provocar ese efecto de división subjetiva en su *partenaire*.

Tomemos como ejemplo la observación 213. Hombre de treinta y cinco años condenado por masturbación en el vagón de un tren. Se masturba con frecuencia, preferentemente de manera que otros lo vean. “Las siguientes comprobaciones probaron que le gustaba masturbarse frente de niñas. Hubo pruebas de que lo hizo frente a niñas de 9 a 14 años. Orinaba sin vergüenza en la calle. Está demostrado que en realidad lo hace para ser

visto por niñas y masturbarse frente a ellas. Otras veces ha llamado a una casa y cuando era una niña la que abría la puerta, inmediatamente hacía la exhibición (...) Como puedo juzgar el caso el deseo de asustar a las niñas estaba ligado a los actos de exhibicionismo, de tal suerte que se puede admitir un móvil sádico probable” (Krafft-Ebing, 1955[1886]: 404).

Este móvil sádico que ubica el autor no es otra cosa que la inclinación a dividir subjetivamente a su infante espectador. Se demuestra la intención de convocar la mirada como objeto plus de gozar a través de la exposición de un objeto inhabitual que se presenta sorpresivamente al abrir la puerta, lo que al igual que la ventana también funciona como el marco del fantasma a través del cual el objeto inhabitual que se muestra fisura el velo de su *partenaire*.

Ante este tipo de casos en la *Psycopathia sexualis* se concluye que en el grupo que conforman los exhibicionistas se observan casos donde “el efecto deseado, que mueve el instinto del autor del hecho, no es el placer sexual de la otra persona, sino la humillación, o el atentado al pudor, el susto o el miedo de la espectadora” (Krafft-Ebing, 1955[1886]: 429). Aunque el diagnóstico no sea bajo transferencia con el psicoanalista, es tal vez en estos últimos casos donde podemos encontrar rastros de la verdadera perversión exhibicionista, como tipo clínico que responde a una estructura subjetiva perversa, en la monumental obra de Krafft-Ebing.

Incidencia de los dispositivos del capitalismo en el exhibicionismo

En función de las elaboraciones lacanianas sobre la perversión en general y el exhibicionismo en particular, podemos advertir que asistimos en nuestro tiempo al uso de *dispositivos* del capitalismo al servicio del acto exhibicionista de restitución del objeto mirada al campo del Otro, lo que producen lo que llamaría, a nivel de lo social, un efecto de división subjetiva masiva. Uso el término “dispositivo” con la acepción que le da Agamben al término foucaultiano, como tecnologías, mecanismos o prácticas donde el saber se conjuga con el poder, y que en comunión con la fase actual del capitalismo producen procesos de desubjetivación (Cf. Agamben, 2014).

En el campo de los objetos de la tecnociencia, la televisión por ejemplo, es sabido que la televisión como otros *gadgets* están al servicio del dormir, de dejar al ser hablante justamente, frente a la pantalla, pero qué pasa cuando la tele deja de tener función de velo y se pone al servicio del develar. Gérard Wajcman trabaja en este sentido lo que fue el desastre que marcó el inicio de siglo, el atentado del 11-9. A diferencia de otros grandes crímenes de lesa humanidad, este se caracterizó por ser casi en su totalidad visto, o tal vez convenga decir que fuimos mirados. Prácticamente en vivo y en directo millones de televidentes asistieron a presenciar uno de los más grandes atentados contra la propia raza humana. Todos los medios de comunicación televisiva produjeron hasta el hartazgo las imágenes que provocaban el

fracaso de lo imaginario, las imágenes del horror mismo. Millones de seres hablantes capturados por su propio goce escópico frente al desgarramiento de la pantalla. Hace unos años atrás las estrategias de terrorismo virtual del ISIS estaban a la orden del día respecto a la exposición de las imágenes del horror que circulan tanto en internet como en los medios de comunicación. Donde su crimen no se agota obviamente en degollar a la víctima sino que fundamentalmente apunta a la viralización de esas imágenes de lo real que nos confrontan con una mirada sin velo. Tal vez una de las formas más siniestramente acabadas que alcanzó el exhibicionismo generalizado para hacer aparecer la mirada en el campo del Otro en nuestro tiempo.

Con el avance de la pandemia del Covid-19 y las medidas de aislamiento y distanciamiento social preventivo se produjeron fuertes transformaciones en la esfera social, laboral y educativa, acompañadas por el avance de la tecnología digital de las últimas décadas: Por ejemplo el uso de la plataforma Zoom para el dictado de clases se volvió una de las herramientas privilegiadas para dar continuidad a los distintos niveles y espacios de enseñanza a través de aulas virtuales. No obstante, esta plataforma pareció ser un blanco perfecto para una ola de actos exhibicionistas, que desde el sillón de su casa, sin necesidad de ir a la puerta de ninguna escuela o plaza pública, irrumpían en medio de una clase, generalmente en los niveles de enseñanza primaria y secundaria, -no olvidemos que los niños y púberes suelen ser los principales destinatarios del acto exhibicionista tal como argumenté más arriba- pero también hay que reconocer que sucedieron en clases universitarias y otros espacios de enseñanza desplegados por medio de esta modalidad virtual, donde el sujeto exhibicionista entraba repentinamente mostrando sus genitales o videos pornográficos destinados a herir la sensibilidad, angustiar y en efecto dividir subjetivamente a los asistentes. Lo que obligó a la plataforma Zoom a reforzar sus normas de seguridad para intentar garantizar que no ocurriesen este tipo de episodios, aunque siempre susceptibles de ser hackeados por nuevas estrategias exhibicionistas que intentan darle consistencia al goce del Otro a través de la remisión del objeto escópico a través de la pantalla. En conclusión, a través del marco de una ventana, esta vez la ventana de la computadora, notebook, tablet o el smartphone, el acto exhibicionista se reinventa en la coyuntura de esta época que restringe la circulación por espacios públicos, sirviéndose de plataformas de reunión social que se emplazan en estos dispositivos tecnológicos para consagrarse en la era de la pantalla digital a restituir el objeto mirada al campo del Otro franqueando la pantalla en la que los espectadores se espejan a sí mismos.

NOTA

[i] Cabe destacar que habría que agregar en esta dialéctica un tiempo cero en el que como sostiene Freud “inicialmente la pulsión de ver es autoerótica, tiene sin duda un objeto, pero este se encuentra en el propio cuerpo. Sólo más tarde se ve llevada (...) a permutar este objeto por uno análogo del cuerpo ajeno” (Freud, 1915: 125).

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, G. (2014) *¿Qué es un dispositivo?* Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2014.

Didi-Huberman, G. (1992) *Lo que vemos, lo que nos mira*. Manantial, Buenos Aires, 2011.

Freud, S. (1915) “Pulsiones y destinos de pulsión”. En *Obras Completas*. Tomo XIV. Amorrortu. Buenos Aires, 2004.

Krafft-Ebing, R. F. von. (1955 [1886]) *Psicopatía sexual. Estudio médico-legal para uso de médicos y juristas*. 1ra. Ed. Ediciones El Ateneo, Buenos Aires, 1955.

Lacan, J. (1956-57) *El Seminario. Libro 4: La relación de objeto*. Paidós. Buenos Aires, 2007.

Lacan, J. (1958-59) *El Seminario. Libro 6: El deseo y su interpretación*. Paidós. Buenos Aires, 2014.

Lacan, J. (1962-63) *El Seminario. Libro 10: La angustia*. Paidós. Buenos Aires, 2006.

Lacan, J. (1968-69) *El Seminario. Libro 16: De un Otro al otro*. Paidós. Buenos Aires, 2008.

Sartre, J-P. (1943) *El ser y la nada*. Losada, Buenos Aires, 1976.

Wajcman, G. (2010) *El ojo absoluto*. Manantial, Buenos Aires, 2012.